

Lo que se ve es lo que se ve

algunas consideraciones en torno al postminimalismo en Cuba

Margarita Sánchez Prieto
Curadora del Centro Wifredo Lam



Hace algún tiempo, durante la visita a una muestra colectiva expuesta en el Centro de Desarrollo de las Artes Visuales, un gran lienzo con la imagen del Hotel Habana Libre acaparó mi atención. Quedé impactada por el aura monumental que el autor había logrado impregnarle a este edificio, ajeno al carácter conmemorativo o histórico de los que responden a tal intención, aunque las enormes dimensiones, tanto del lienzo como del propio icono, favorecieran su monumentalidad. La atmósfera evocadora lograda por Ramón Serrano me recordó cierta zona de la obra pictórica del alemán Anselm Kiefer, maestro en la construcción de una historicidad ilusoria. Ante esta obra aislada, de contornos imprecisos pero de inconfundible identidad, no podía prever el espesor de propósitos que contendría la totalidad del proyecto una vez concluido, del cual esta pieza era sólo una parte.

Presentado como una exposición personal en el Centro Wifredo Lam bajo el título *Lo que se ve es lo que se ve*, el proyecto de Serrano estuvo integrado por otros lienzos como el que ya conocía, grandes instalaciones de base fotográfica realizadas en pintura y un par de fotografías de mediano tamaño, todos ellos recreando el hotel citado, paradigma de un período histórico de la arquitectura cubana cuya silueta cualifica la Rampa habanera. De entrada, el título establecía una clara conexión con el minimalismo y, por ende, con las razones y polémicas generadas en torno a la adopción de su estética por una parte de la joven generación de artistas cubanos. Se trata de la conocida frase de Frank Stella, expresada en su momento como *statement* de los principios que, según ese artista, fundamentaban las obras del minimal. Con ella Stella subrayaba, al tiempo de deslizar cierta ambigüedad en la

certidumbre de lo observado, la importancia dada a la experiencia perceptiva, a la literalidad de lo visto y al disfrute de las meras formas, de lo cual se infería su desinterés en un ejercicio interpretativo encaminado al desbroce de contenidos.

No era la primera vez que Serrano se apropiaba de una frase entresacada de entrevistas hechas a los creadores del minimal, frase que, una vez descontextualizada devenía axioma inspirador de cada nueva serie, y que serviría tanto para inducir su sentido como para jugar irónicamente con la posibilidad cierta de este, o simplemente llamar la atención sobre las ambivalencias en la percepción de lo representado. Así, con *El peor pecado contra el arte es lo decorativo*, tomada de Eva Hesse, realiza en el año 2000 una serie fotográfica a base de condones dispuestos de tal manera que parecen adornos de porcelana. Luego, *Sólo se trata de ver*, de Ad Reinhart, dará cuerpo a un conjunto de cajas de luces con visor a manera de caleidoscopios exhibidas en el Salón de Arte Contemporáneo del año 2000; en esta ocasión la frase serviría para expresar la importancia que en dicha serie se otorgaba a la contemplación. Pero es su penúltimo conjunto —cuyo título *No importa qué sino cómo*, igualmente empleado con ironía pero en sentido opuesto al anterior, pues en verdad son los temas los que despiertan el interés de las formas—, y muy particularmente en el presente proyecto, donde el margen de ambigüedad abierto a partir del uso irónico de la frase adquiere una dimensión más compleja. Por un lado, porque la frase que Stella enunciara para definir la parquedad literal de su obra minimal, difícilmente pueda corresponder con las lecturas derivadas del icono que Serrano involucra en el